



OBISPO DE CARTAGENA

Martes Santo

MISA CRISMAL

Diócesis de Cartagena. 2023

Querido Don Francisco, arzobispo emérito de Burgos.
Queridos hermanos sacerdotes, religiosos y religiosas.
Os saludo a todos vosotros seminaristas.
Mi gratitud a los que trabajáis en esta Iglesia por amor a Jesucristo.
Agradecemos a Popular Televisión el servicio de acercar a los mayores y enfermos esta Eucaristía, la Misa Crismal.

La paz con todos vosotros.

Hermanos sacerdotes.

Otro año más, nos reunimos en torno a este altar de la Santa Iglesia Catedral para celebrar la Misa Crismal y lo hacemos llenos de alegría por la cercanía que Dios tiene con nosotros y por la experiencia de su perdón y su misericordia. En un día tan significativo, no podemos olvidar todo lo que el Señor ha hecho con nosotros, cómo nos ha ayudado en las situaciones dolorosas por las que hemos pasado, en la muerte de nuestros hermanos sacerdotes: Antonio López Belchí, Pedro Osete, Alfonso Gálvez, Raimundo Rincón, José Diego Paredes, Faustino Fernández, Gabriel Abellán, José Fernández Alcántara, Fernando Gómez Egea, Manuel Hernández Robles y Mariano Caballero. También en la de nuestros familiares y amigos; sin olvidar la pandemia que asoló vidas y esperanzas; las crisis de la humanidad, los casos de abusos que nos han sobrevenido con mucho sufrimiento, los fenómenos naturales adversos, la guerra y las violencias. En medio de los dolores y sufrimientos, ¡Alabado sea siempre el Señor!

Hermanos, todos reconocemos que son muchas las dificultades que nos acechan y que se nos llama a la vigilancia en el Evangelio; estamos atentos como centinelas a las muchas seducciones que nos pueden romper la belleza de la entrega incondicional a la voluntad de Dios, porque estas solo buscan apartarnos del Señor, para sustituirlo por los propios intereses, los egoísmos, la promoción humana, la competitividad, la comodidad, la arrogancia, la prepotencia, la altanería, la doble vida; todo lo que nos hace olvidar que somos de Dios y fuimos llamados a servir y no a ser servidos... ¡Qué pequeños que somos! y cuánta necesidad tenemos de volver a replantearnos nuestra vocación primera, la frescura del sí que le dijimos al Señor cada uno. En esta bella mañana de Martes Santo os invito a levantar los ojos a lo alto, a recuperar la confianza en Nuestro Señor que se ha fijado en la humildad de sus siervos y pongámonos en camino.

Afortunadamente, Jesús sigue saliendo a nuestro encuentro todos los días, sin cansarse, como el Buen Pastor, que sale a buscarnos para recordarnos la grandeza del regalo que nos ha hecho; la belleza de la respuesta de cada uno cuando le manifestamos nuestra generosa disponibilidad; la importancia de nuestro sí para siempre. Somos verdaderamente afortunados, hermanos, porque Dios nos cuida y, por eso, nos ha dado una Madre a la que poder acudir como hijos, para confiar en su intercesión. Reconociendo esta dádiva, os ruego una oración por los jóvenes sacerdotes que se incorporaron este año a nuestro presbiterio: Pedro Fernández López, Pablo Martínez García, Francisco Armando de Jesús Mercedes Pichardo, Eduardo Pérez Orenes, Antonio Sánchez Franco, Francisco Saorín Guillamón, Brian Palao Abellán y Vladimir Revutskyy Matsevko.

Estamos en un tiempo en el que se necesita hacer silencio, un tiempo de interiorización y de salvaguardar la vida interior como un regalo de Dios y una necesidad a vivir. Ser sacerdote es el regalo de Dios a esta sociedad, al mundo, porque el sacerdote, dice el Papa Francisco, es «el hombre de la entrega, de la entrega de sí mismo, cada día, sin herida y sin pausa. Porque la nuestra no es una profesión, es una entrega. No es una profesión, es una misión»¹. Tenemos otra razón inmensamente grande para estar felices y para dar gracias a Dios por haberse fijado en las pobres personas que somos. La grandeza de este regalo está en que, siendo pequeños y frágiles, Dios nos necesita. Sí, has oído bien, te necesita para llegar a la gente que vive lejos de Él. ¿Has pensado, por ejemplo, en lo que significa poder decir, «yo te absuelvo de tus pecados», lo que significa la alegría de dar el perdón de Dios? Aquí el sacerdote, el hombre de la entrega, se descubre también como hombre del perdón. El Papa Francisco explica este regalo así: «El sacerdote no lleva consigo rencores, no hace reproches por aquello que no ha recibido, no responde al mal con el mal. No, el sacerdote es portador de la paz de Jesús: benévolo, misericordioso, capaz de perdonar a los demás como Dios le perdona. Lleva concordia donde hay división, armonía donde hay litigio, serenidad donde hay animosidad». Vuestro servicio y ministerio sacerdotal es muy beneficioso para nuestra sociedad, que anda demasiado rota y no encuentra ni su equilibrio, ni su paz. A ti, sacerdote, te ha puesto el Señor como ministro de la reconciliación a tiempo completo, para esto te necesita.

Algunos dicen que los sacerdotes están solos y se quejan de soledades, pero da la impresión que desconocen lo que significa haberle dicho al Señor que cuente con nosotros, o se han olvidado que Jesús les ha dicho: «Yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo...». Os puedo asegurar, queridos laicos que nos acompañáis, que la vida de un consagrado a Dios está plenamente llena, no está vacía, a un sacerdote no le queda tiempo ni para aburrirse, porque lo más habitual es ser la persona más feliz del mundo, porque en la entrega, estando atento a la evangelización, cuidando la liturgia, ayudando a los pobres y socorriendo a los necesitados, orando y celebrando los sacramentos para que el pueblo de Dios tenga vida, llena la vida de un sacerdote. Pero dejemos que nos lo explique el Papa Francisco: «El camino del encuentro, de la escucha, del compartir es el camino de la Iglesia. Crecer juntos en la parroquia, seguir el recorrido de los jóvenes en la escuela, acompañar de forma cercana las vocaciones, las familias, los enfermos; crear lugares de encuentro donde rezar, reflexionar, jugar, pasar el tiempo sanamente y aprender a ser buenos cristianos y ciudadanos honestos. Esta es una pastoral que genera y que regenera al mismo sacerdote...». Está claro que una vida consagrada al Señor que no busca el consuelo, ni la gloria del mundo, que lo único que espera es hacer

¹ PAPA FRANCISCO, *En el encuentro con seminaristas, religiosos y sacerdotes en Palermo, Sicilia, el día 15 de septiembre del 2018.*

la voluntad de Dios en el servicio a los hermanos, solo con esto es más que suficiente, porque preocupándote de la gente que se te ha confiado con austeridad y sencillez eres más que feliz.

En este curso hemos tratado de potenciar la vida interior, ayudando a buscar tiempo para acercarnos a Nuestro Señor en la oración, en la escucha de la Palabra, en retiros y meditaciones, cosa que se ha ofrecido a parroquias y zonas pastorales. Siguen adelante los grupos de personas que están haciendo ejercicios espirituales a modo clásico y en la vida ordinaria, los resultados solo Dios los conoce, pero es cierto que mucha gente se está beneficiando de esta oportunidad de encuentro con el amor de Dios. ¡Qué grande es ser sacerdote, dar la vida, servir evangelizando y ofreciendo la gracia de los sacramentos! El Papa lo recuerda en estas palabras: «El Evangelio nos pide, hoy más que nunca, servir en la simplicidad. Esto significa ser ministros, no desempeñar funciones, sino servir con alegría, sin depender de las cosas que suceden y sin unirse a los poderes del mundo. Así, libres para dar testimonio, se manifiesta que la Iglesia es sacramento de salvación». ¡Cuántas gracias tendremos que dar a Dios por haber pensado en cada uno de nosotros para hacer visible su amor, su misericordia y el perdón en un mundo que vive de espaldas a la fe! La gente necesita a Dios, busca a Dios, aunque no lo haya sentido cercano y se rinde a Él cuando alguien le habla de su divino corazón con el testimonio de su propia vida, porque la vida habla más que las palabras. El testimonio contagia, llega incluso al más alejado.

Os recuerdo que hemos venido también a renovar nuestras promesas sacerdotales, volvemos a decirle al Señor que cuente con nosotros. Esto vuelve a ser una profesión de fe firme, hermanos; una oportunidad para la conversión sincera y es el momento de decisiones, de escapar de todo aquello que pretende romper nuestra relación con Cristo, de escapar de aquello que nos tienta a vivir una doble moral. Hoy volvemos a decir al Señor, aquí estoy para hacer tu voluntad, aquí me tienes, Señor, porque sé que la fe es la victoria que ha vencido al mundo, es la victoria que me hace seguir adelante en el nombre de Jesús, Hijo de Dios.

Permitidme, antes de seguir adelante, unas sencillas preguntas que todos debemos responder, se las hizo el Santo Padre a unos sacerdotes y creo que en esta Misa Crismal es la ocasión para volverlas a oír: «¿Qué sitio ocupa Jesús en mi vida sacerdotal? ¿Es una relación viva, de discípulo a Maestro, de hermano a hermano, de pobre hombre a Dios? ¿o es una relación un poco artificial que no nace del corazón?». Las respuestas son importantes, porque tendrán la fuerza de detener la carrera a las vanidades, a lo efímero, a las cosas artificiales, a la superficialidad, a la mundanidad... y volver el rostro a Cristo.

Hermanos sacerdotes, podemos perder todo en la vida, pero no podemos perder nuestra relación con Cristo, no podemos perder la alegría, ni el coraje para llegar al fin del mundo anunciando a Nuestro Señor a los más abandonados, a los alejados, sabiendo que Él siempre estará con nosotros hasta el fin del mundo. El Señor nos ha constituido como apóstoles de la alegría, llamados a anunciar el Evangelio, es decir, la Buena Noticia por excelencia y no podemos perder nuestras raíces, porque nuestras raíces nos ayudan a recordar quiénes somos, a quién pertenecemos y de dónde Cristo nos ha llamado. Nosotros, los sacerdotes, no caemos del cielo, hemos sido llamados por Dios, de «entre los hombres», para constituirnos en favor de los hombres, firmes, pero no duros, alegres, pero no superficiales. Somos testigos de la grandeza y potencia de un encuentro, del encuentro con el divino caminante.

Queridos hermanos sacerdotes, yo pido al Señor todos los días por vosotros y os tengo muy presente en mis oraciones. Juntos cumpliremos la tarea que nos encomienda el Señor y la Iglesia; no os canséis nunca de responder a la vocación recibida. Nos mantenemos siempre unidos a Nuestro Señor y en comunión con el Santo Padre, el Papa Francisco, por quien rezamos siempre «a favor», como nos pide él. Que el Buen Pastor, os cuide y os proteja, que sea bueno con vosotros y os conceda la salud del alma y del cuerpo. Mi oración no puede terminar sin levantar mis ojos a la Santísima Virgen María, a la Reina de los Corazones, y encomendaros a cada uno de vosotros. Que así sea.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena